

Para que se realice la sociedad del año 2000

Otro aspecto de la cuestión

«De la sociedad actual no se salva, ni la salvación es imposible. Esto es una objeción que a menudo nos fue hecha por los reformistas. La objeción era verdadera, siendo raras las veces que obtuvo respuesta.

Verdadera, desde cierto punto de vista. No del de los reformistas.

Entre los nuestros no faltó quien se preocupo del problema que aquella pregunta, negra sin que viese, muy claramente su camino.

Para la mayor parte de los anarquistas la revolución debía ser el telón que resolviese todas las cuestiones. Para quienes velan mejor, la revolución no era más que el resultado de la evolución. Quienes habrían de hacerla deberían estar equipados para preverse a fin de hacer frente a las dificultades. Era una cuestión de educación. Eso podia parecer una respuesta.

«Pero la educación, de propagandas y discursos católicos, no es suficiente.

Pero si lo es, que es lo que hasta aquí me temo limitado, sino sobre todo práctica, cosa que en el presente se ha descuidado en absoluto.

Puedes proponerte casos en que la revolución haya tomado la delantera a la evolución de nuestras ideas. Eso se ha producido, cosa que hemos visto, a continuación de la guerra. ¿Qué hacer, en ese caso?

Un compañero con quien discutía esta cuestión y a quien yo negaba la eficacia de la autoridad para asegurar el funcionamiento de una sociedad anarquista me redarguió: «Con todo y con eso, forzoso será emplearla (la autoridad) al principio de la revolución, al menos para permitir al nuevo estado de cosas establecerse, e impedir que la reacción recobre sus fuerzas».

Ese compañero era un veterano en el movimiento. Se decía anarquista y se lo creía sinceramente, no viendo que el empleo de la autoridad para establecer la libertad era una contradicción y una contradicción flagrante con todos nuestros principios.

Sí, una vez terminada la revolución—es decir, ya casi establecido el nuevo régimen—todavía era necesario emplear los tribunales, la cárcel, los pelotones de ejecución, es señal de que la revolución estaba por recomenzar.

«¿Qué hacer para asegurar el triunfo de la revolución? He aquí una pregunta que en casi todas partes se planteó todo el mundo, y a la que nadie está preparado a contestar sensatamente.

En Rusia, sintiéndose incapaces de dirigir la revolución, creyeron pertinente prestar su ayuda a los bolcheviques, los cuales, menos escrupulosos, se apoderaron del Poder. Estos tampoco estaban en estado de dirigir la revolución en su sentido económico, pero como eran más despiertos tenían «arras para todo». Tomaron primeramente el poder, obviando desplazos, ya veremos.

Y a fin de hacer callar las críticas, un día hicieron cerrar el horno de los anarquistas por sus frases, pasadas por Bela Kun, oficial austriaco pasado a su servicio. Los bombardearon, fusilando a los que intentaron escapar a la muerte. Ignoró si Bela Kun, remediando servilmente a Muraviev, declaró que el orden reinaba en Moscú. Pero él enseñó a los anarquistas que es peligroso, en tiempos de revolución, el no saber qué hacer, y más peligroso todavía, prestar ayuda a los partidarios de la autoridad.

Los hombres que fuesen a establecerse en un país virgen, donde toda la organización social estaria por reconstruir, llevaron por medio de su educación, sus hábitos, sus prejuicios, algunos vestigios de la organización social que hubiesen dejado: con mayor motivo cuando, alrededor de ellos, subsistían todos los rodajes que hay que destruir, pero sin saber por dónde empezar, si no tienen, al alcance de la mano, unas arquitecturas capaces de reemplazarlos.

La objeción de los reformistas tiene siempre su razón de ser. Es preciso encontrar las mejoras que ayudarán a pasar de una sociedad a otra.

Ahora, que lo que debe diferenciarlos de los reformistas, es que, en tanto que ellos no quieren mejorar las instituciones actuales, sino con el fin de afianzarlas; nosotros, por nuestra parte, queremos substituirlas por unos rodajes absolutamente distintos.

Y hoy, más que nunca, se plantea la cuestión: «Cómo pasar de la sociedad actual a la de mañana?»

Verdad es que la mayor parte de los europeos no la plantean bajo este forno.

«¿Qué hacer después de la revolución?», se preguntan los que creen que la revolución y la organización social son dos etapas diferentes. ¿Cuál deberá ser la actitud de los anarquistas en el transcurso de la lucha cuando se desencadenen la revolución? se preguntan algunos otros.

Ahora bien, esos camaradas se aproximan a la verdad, pero la entreyan mal. No es después de la revolución cuando debemos preocuparnos de la reorganización social, sino durante el curso de la lucha. Y aun sería demasiado tarde si,

Notas críticas

In que?

en el curso de la propaganda, no nos hubiésemos preocupado. No sólo teóricamente, sino intentando el esfuerzo de las aglutinaciones capaces de substituirse a la organización económica burguesa.

Para dar una idea de las idiosincrasias que encierran ciertos individuos que se consideran anarquistas, veamos la réplica que el «altruista» Matlaskin, en una discusión que éste no recordó, aludió con quite dignidad, hacia el final imprudentemente desde «Le Libre»:

«Si los campesinos, en tiempos de revolución, nos niegan sus artículos, se los quitarémos a la fuerza, y los fusilarémos, redarguirá su contrahactor.

«Pobres imbéciles! quien no vea que el fusilar a los campesinos recalcitrantes, o las guitarras por la fuerza sus cosechas, no es mi medio de ayudar al desarrollo de la Agricultura. Los campesinos devallados, a continuación, se limitarían a no producir más que para sus propias necesidades. ¡Infiel aliar que si se les fusilara no producirían ya nada. Yo, quién en resumen, también ellos son capaces de sublevarse.

Por ahí, la revolución en lugar de traer una mejoría al mayor número, no haría más que empeorar la situación de cada uno.

Pero esas discusiones nos indican que la cuestión se plantea, a pesar de todo, y que gran número de compañeros empiezan a percatarse de que, predicir y desechar la revolución no es suficiente, que lo que hay que hacer es organizar la producción, por hacerla productiva en realidades.

Arrancar adquisiciones, hacer barricadas, defenderlas, o alzar a las tropas del gobierno, es el principio de la reconstrucción, tanto si es política como es social. Pero no es suficiente para esto último.

Se destruirá el gran libro de la Deuda Pública, los registros del estado civil, del catastro, los archivos de los notarios, a fin de hacer imposible la reconstitución de la propiedad, hablan sugerido algunos de entre nosotros. «Y si se va al Ayuntamiento, que sea para echar por las ventanas al gobierno que intenta constituirse, retiranlos a algunos otros sitios».

Es ya mejor, pero insuficiente. Tratar de destruirlo, o resistir, pero de donde no sale ningún organismo capaz de impedir las relaciones sociales.

Será necesario apoderarse de los almacenes, y distribuir a los individuos los objetos de que carezcan, se han urgido por otra parte: «Quemar las quitanzas, mandados, y apoyar a los ocupantes en las habitaciones que han dejado los partidarios del régimen caído, y los mandarines que han comprendido la lucha», fueron otras sugerencias.

Bien! ¡Vivá! Pero, eso no es más que un acto del momento, que en nada afecta a la organización económica de la sociedad. Y es en ella, sin embargo, en la que hay que pensar, puesto que la antigua organización debe desaparecer, y que las relaciones sociales deben continuar sin la menor interrupción.

Algunos de nosotros han intentado dar un restablecimiento de lo que entrelazan para la organización de una nueva sociedad anarquista. «Todavía», nos dicen, «enamórate, sino así, porque sea completa».

«¿Qué hacer desde el presente, para que el establecer la revolución, estemos en estado de responder a las exigencias de la situación, de asegurar el curso regular de la producción y su distribución entre las organizaciones obreras, poniendo a los trabajadores hasta el elemento de derecho a opinar sobre las leyes que se han ido forjando exclusivamente en su perjuicio?

Con la ley de defensa de la República, restablecida en el régimen dictatorial, se ha destinado a los trabajadores el derecho a opinar, con la legislación fabricada por el Cabellero, se intenta privarlos de la libertad de acción defensiva contra la clase que le explota. La propuesta de ley de orden público terminaría por privarle de toda garantía al trabajador como ciudadano.

Y esa ley pasará, como han pasado todas las demás, sin que a los ciudadanos de ninguna categoría, para quienes ha sido hecha, les asista el derecho y el consuelo de impugnarla desde la prensa.

Tan absurdo, tan violento, tan caballista resulta esa ley, al extremo de que lleva en ella los gérmenes, el factor de perturbación que amenaza constantemente la tranquilidad del régimen y saque a los españoles de la opulencia en que han caído.

Se equivoca el gobierno si fina en que los pueblos, a la corta o a la larga, terminan por adaptarse. A los pueblos se les reprime más fuerte que se les vence, y los aparentes períodos de latencia no son sino una tregua en la marcha hacia la libertad. A menudo, cuando la con-

Federaciones de Industria

Urgencia de su constitución

Es indiscutible que el capitalismo no logrará remontar la crisis que actualmente sufre. La creencia que se tenía de que ella fuera como otra de las muchas que periódicamente se producen en el sistema, se ha desvanecido. La esperanza puesta en las posibilidades que puedan ofrecer las condiciones internacionales y los métodos de reorganización de la producción, ha desaparecido. Difundiendo económistas y políticos confiaron su impotencia para resolver los problemas cada vez más difíciles, y cada momento, nuevos ensayos marcan viejos fracasos.

La reducción general de la producción en todas las industrias, lejos de sostenerse en un mismo grado, aumenta sin cesar y aun cuando por convenciones, políticas en algunos países se prescriba la utilización de la moderna maquinaria, el número de desocupados aumenta en proporción aterrador.

De aquí que el fascismo prosiga su avance triunfal. Es la acción del capitalismo, que utilizando el Estado y las instituciones coordina su acción en plan defensivo. No perdiente hallar el capitalismo en su organización propia los recursos necesarios para realizar una distribución de productos prescindiendo del mercado, distribución que permitiera utilizar toda su capacidad de producción, recurre a los procedimientos violentos para sostenerse.

Es una posición ligera. Cuando la bondad de las ideas, la eficacia de las instituciones, la necesidad de los sistemas no es suficiente a asegurar su permanencia y funcionamiento para las satisfacciones de la colectividad; cuando de ellas y por desarrollo natural no surjan los medios o elementos que permitan aplicar al bienestar social las posibilidades del progreso en todos los órdenes de la vida, las minorías que representan o son poseedoras de los intereses que han sido creados (jerarquías sociales, sistema económico, organización política) derivan a una acción que fatalmente se convierte en acción violenta y que va contra los gérmenes nuevos que representan y son intereses no satisfechos que pugnan por ocupar el lugar que la evolución general les señala.

El capitalismo no da, ni puede dar de sí, más de lo que ha dado. Ha cumplido su misión y se ha completado dentro de los elementos cuyo desarrollo social la organización que a nuestro tiempo corresponde. No puede avanzar más. Declina, pero utilizando todos los recursos que posee, disminuye su marcha desacelerante y ello provoca la violencia de los medios o elementos que permitan aplicar al bienestar social las posibilidades del progreso en todos los órdenes de la vida, las minorías que representan o son poseedoras de los intereses que han sido creados (jerarquías sociales, sistema económico, organización política) derivan a una acción que fatalmente se convierte en acción violenta y que va contra los gérmenes nuevos que representan y son intereses no satisfechos que pugnan por ocupar el lugar que la evolución general les señala.

Cuanto más tiempo se pase en la preparación de los organismos sindicales que han de numerar por su función la capacidad combativa de los trabajadores y la eficacia revolucionaria de la C.N.T., más tiempo habrá de sostenerse el sistema económico del capitalismo.

Nuestro sistema de producción, retrasado en las aplicaciones de los resultados de la técnica y, de conseguirla con un déficit industrial enorme frente a las industrias de los demás países capitalistas, vive una tragedia tremenda. Hasta por la dependencia general a que está sujeto (toda nuestra producción se controla por el capitalismo extranjero), imposibilitado de hacerse independiente, aun poseyendo elementos suficientes y recursos poderosos para resolver, parcial y momentáneamente, la crisis nacional. Todo nuestro sistema industrial gira describiendo la órbita que el capitalismo internacional le impone.

Hay que organizar y reorganizar muchas Federaciones Locales y dar mucho impulso a la organización federal de las distintas ramas de la industria; sin lo cual la C.N.T. pese a quien crea lo contrario, no podrá alcanzar la agilidad y plenitud de movimiento que por su acción y para su triunfo le es menester.

sin que pueda variar ni la trayectoria ni la velocidad de su movimiento.

Y en esta situación de impotencia, nuestro capitalismo se halla sometido a una función especial. Como no puede utilizar recursos que nun posee para aliviando la crisis económica, sosteniendo, se ha de organizar todo un sistema de defensa que le permita su continuidad por la contingencia que logre en el avance del proletariado.

Así observase que mientras la reforma agraria va aplazándose (el aumento de producción se convertirá en miserias) y el plan de obras hidráulicas estandiloso (por la misma razón) al mismo tiempo que todos los proyectos de reorganización industrial quedan en proyecto, se constituye un enorme ejército de legislación social, por el que el movimiento obrero tiene el placer de multiplicar numerosas instituciones políticas-económicas y cada salida se previene con una serie de institutos armados, una ley de orden público y una legislación penal.

Y al amparo de todos estos recursos, el capitalismo nos va conteniendo y en algunos casos, nos hace retroceder.

No es de extrañar lo que nos ocurre. Por doloroso que sea decirlo, es necesario hacerlo. La C.N.T. aunque es querida por los trabajadores, no tiene la fuerza que podría tener (la que se suponen muchos enemigos) porque no ha logrado reunir en su seno a los múltiples elementos que se hallan dispersos por todos los ámbitos del país.

Que me disculpen los que ven siempre en todas estas manifestaciones apreciaciones derrolistas. Yo no debo engañarme y escribir de otra manera. Estoy firmemente convencido de las posibilidades revolucionarias de la C.N.T., pero a condición de que pasen a tener una existencia real y no que, como hoy, continúen en potencia.

La C.N.T. no tiene el control de la organización obrera de España, pero puede tenerlo inmediatamente si en el próximo Congreso quiere.

Salid de Cataluña, de Valencia y hacia abajo de algunas ciudades del Norte y muy pocas, muy pocas, de Aragón y si bien en el resto de España habrá el alma de la C.N.T., no habrá de encontrar por parte alguna su cuna. Simpatía en todas partes; pero sindicatos capaces, en ninguno.

La excursión de propaganda de la Federación del Transporte ha sido una peregrinación de dolor. Mucho se ha hecho, el ambiente que está siempre predispuesto; pero la impresión optimista no puede ser otra. La C.N.T. puede hacer mucho, lo podrá todo, pero para impedir que a realizarlo, está por hacer lo que precisaría: estar hecho. Y la lucha que sostiene, en tantos y tantos pueblos, asistidamente, sin la solidaridad federal, es de un estímulo enorme; pero al comprobar la falta de unión y las ventajas que por ello tiene la burguesía, el corazón sangra. Hay un problema general de organización cuya solución no puede demorarse y existen múltiples deficiencias de coordinación de acciones, que es preciso sanar.

Hay que organizar y reorganizar muchas Federaciones Locales y dar mucho impulso a la organización federal de las distintas ramas de la industria; sin lo cual la C.N.T. pese a quien crea lo contrario, no podrá alcanzar la agilidad y plenitud de movimiento que por su acción y para su triunfo le es menester.

“ORTO”

Se ha puesto a la venta el número 5 de esta importante revista, de cuyo interés da idea el sumario que publicamos a continuación:

Las religiones y la guerra, Matías Usteiro. Una guerra internacional futura, Christian Cornelissen. Capitalismo y fascismo, Lucien Laurat. Contra la guerra que viene, Pierre Besnard. Mis percepciones europeas, Eugen Bölg. Vieja y nueva pedagogía, Luis Huerta. Alejo Blok, Miguel Alejandro. Historia de las ideas y de las luchas sociales en España, Angel Pestana. Cinema, José Renau. Natalidad controlada, Beatrix Drysdale. Una visita a Gorki, Vladimir Pommer. La ciudad de hoy y la de mañana, Andreu Nin. La vida económica en los pueblos primitivos, Jacques Soustelle. La emancipación de la mujer en el Oriente popular, E. Steinberg. Panorama sexual, Nuerber. La justicia, P. Prudhon. La Justicia. E. Poch y Gascón. La organización del mundo, M. C. Miguel Bakunin. Carta a su familia. Los steatros, Henri Barbusse. El económico el intercambio entre la ciudad y el campo, M. Acharya. Libros.

Precio, una peseta. Peñídos a Marin Cierva: Calle de Luis Morote, 44, Valencia.